

ORIGEN Y DESARROLLO DEL SINDICALISMO*

Rubén H. Zorrilla¹

Como la mayoría de los grandes fenómenos sociales espontáneos, el sindicalismo fue adquiriendo organización y contenido ideacional -más allá de sus formulaciones y reivindicaciones iniciales- a través de tanteos, experiencias y contactos con otros grupos, así como con sus propios activistas, sin aparecer, sino en la última etapa de su desarrollo, como una meta institucional específica. Esos contactos fueron pacíficos o tormentosos, según las vicisitudes de cada período histórico y de cada país, pero, en cualquier caso, estuvieron matizados por la incertidumbre de su desenlace final, que fue la institucionalización, en aquellos países donde la democracia pudo consolidarse o donde la posibilidad de su vigencia se mantuvo latente, entre la intermitencia de golpes militares.

1. La Revolución Industrial

La matriz del gremialismo moderno fue la irrupción inesperada y revulsiva de la Revolución Industrial. La división del trabajo se alteró profundamente en las nuevas unidades económicas llamadas *fábricas*, que compitieron y desplazaron a las unidades económicas domésticas, dominantes en forma casi absoluta en cualquier sistema productivo anterior, desde la aparición de las primeras civilizaciones. El dispositivo de autoridad y obediencia, así como las pautas en las tareas laborales cotidianas -aquellas impuestas por las nuevas formas productivas- chocaron frontalmente con los usos y costumbres aplicados desde tiempo inmemorial al trabajo.

Estos usos y costumbres conformaban las normas y valores que la tradición había sedimentado a lo largo de siglos, y ambos fueron los que se siguieron aplicando, muy naturalmente, al nuevo contexto productivo que originaba la fábrica. Pero resultaron inadecuados -como siempre ocurre en los grandes procesos de cambio- por inaplicables, incompletos o incompatibles con la estructura, técnica y directiva, de la fábrica, no obstante su perfil embrionario, y con las tensiones psicológicas que desencadenaba en el trabajador la nueva forma de producir.

Aquellas normas y valores debían ser reemplazados, redefinidos y recreados según el nuevo horizonte situacional que proponía el sistema fabril. Pero esto era, inevitablemente, una tarea lenta -y no consciente- para los protagonistas de la acción social. Una tarea, por otra parte, plagada de conflictos inciertos, que se empalmaban y

* Capítulo I del libro inédito *Líderes del poder sindical*. Agradezco los comentarios del Dr. Ezequiel Gallo al texto original.

¹ Instituto de Historia de la Universidad de Belgrano.

mezclaban, confundidos, en la traza irreversible del torrente histórico. En síntesis, que postulaban el abandono definitivo de la sociedad rural y de su unidad económica básica, que era la familia.

Además, el nuevo sistema productivo creaba condiciones sociales completamente distintas a las del pasado, tanto para sí mismo como para el conjunto de transformaciones políticas, económicas y culturales que vivía Europa occidental. En particular, transformaciones en las emociones, sentimientos, ideas y expectativas de los sujetos de la acción social, sobre todo de aquellos comprometidos con el fenómeno fabril, o los más próximos a sus irradiaciones revolucionarias. Transformaciones también en grupos sociales significativos (la aristocracia, los sectores sacerdotales, la burguesía, los intelectuales seculares, los políticos profesionales) que se hallaban en violento reacomodamiento recíproco.

2. Sindicalistas e intelectuales

Así se amalgamó el conjunto de componentes -sociales, culturales y psicológicos- que recibió, y en algunos casos impulsó, el nacimiento y la consolidación del sindicalismo. Los agentes humanos que lideraron -oscura y acaso inconscientemente- la tarea inicial, no procedían en su mayor parte, sin embargo, de la masa de los trabajadores fabriles, sino de artesanos (dependientes o independientes), de intelectuales y de miembros marginales de los estratos medios y altos. Fueron, en especial, los intelectuales aquellos que elaboraron metas, y aun modelos de sociedad, en los que concedían un papel privilegiado a los trabajadores fabriles o modernos.

No sólo vieron en éstos una fracción fundamental de la sociedad (cuando en rigor constituían un grupo relativamente pequeño, y aun irrisorio en la mayoría de los países europeos) sino el elemento vital de un *proceso histórico evolutivo* que conduciría, inexorable, a un sistema social radicalmente igualitario, dominado y dirigido por ellos, los que, simultáneamente, se eliminarían a sí mismos como categoría o estrato social.

Un mesianismo racionalista y orgulosamente secular (el ateísmo militante se fundía con la seguridad de que la ciencia develaría la totalidad de los misterios de la existencia) encontró o entrevió en la masa indiferenciada de los trabajadores manuales al protagonista concreto y exclusivo, terrenal, de la dinámica histórica y del futuro promisorio que aguardaba a la especie humana, aquel que la religión situaba prudentemente en el horizonte de lo sobrenatural, y que ahora, por la gracia del conocimiento histórico-científico, descubría que tendría realidad en la tierra. El "proletariado" o la "clase obrera" se constituía en el Mesías que anunciaba y habría de alcanzar, en el apocalipsis del juicio final (la "revolución"), el acceso al paraíso de la sociedad perfecta y el hombre "completo".

Afianzaba esta perspectiva -que tocaba las altas cuerdas de una cosmovisión- el efecto de los éxitos en las ciencias naturales y los igualamientos espectaculares en la tecnología, que inducía la tentadora creencia de que la sociedad podría organizarse según los

principios -y los mismos criterios deliberados- que operaban en la planificación del investigador, o en la del conductor, constructor o inventor de una máquina. Sólo que la interpretación directriz surgía de *las leyes de la historia*;² los aspectos prácticos y constructivos (los medios, cuyo costo social no se estimaba) eran los mismos que los de las ciencias naturales. Estas y la historia se conjugaban en el pináculo -que era también la culminación de la especie humana- de una sociedad perfecta, racionalmente organizada, sin alienaciones, frustraciones, dominaciones ni desigualdades.

Los artesanos, intelectuales, estudiantes y los trabajadores privilegiados de la nueva tecnología, junto a una heterogénea gama de profesionales (entre los cuales debe incluirse a numerosos empresarios y aun militares), captaron y asimilaron, si bien de maneras a veces divergentes, la médula de este mensaje, que tenía también manifestaciones teóricas muy diferentes y, en algunos puntos, opuestas. El mapa de este complejo tejido ideacional es la historia de las vertientes socialista y anarquista (así como de sus incontables variedades), en permanente y violento conflicto (teórico y práctico) entre sí.

Pero este mapa indica también el tejido en el que se constituyen las líneas de fuerza del incipiente liderazgo sindical, modificadas y variablemente reubicadas según los imperativos de la lucha social en cada país y en cada coyuntura histórica. En general, las propuestas de inspiración mesiánica de los intelectuales tropezaron contra la realidad de la dinámica social, cualquiera sea el país o el momento histórico que se considere.

3. La persistencia del mesianismo

Ninguna de las vías posibles para la realización de la "sociedad de los productores" -sea las que tienen en cuenta el cooperativismo, el sindicalismo puro, o, en el otro extremo, la "dictadura del proletariado"; ya sea las que se arraigan en el causalismo moral (y el mejoramiento de la "conciencia obrera"), o las que proponen leer en las coordenadas reveladoras de la *historia* (un proceso de carácter tan natural -y amoral- como el de los vegetales o animales)- ninguna condujo a las metas esperadas o deseadas, allí, inclusive, donde tuvieron ocasión de llevarse a la práctica, bajo la férula de poderes omnímodos y un absoluto monopolio en la difusión de las ideas, como muestran las actuales sociedades socialistas.

No obstante, la visión que imprimieron los intelectuales -un grupo social con graves problemas de integración a la sociedad moderna- a pesar de sus tropiezos evidentes con la realidad, se sobrepuso a los contratiempos que deparaba la experiencia histórica y se impuso a la interpretación que los primeros dirigentes gremiales tuvieron de la sociedad en que se hallaban, del carácter y las motivaciones de la masa asalariada (sobre todo la de

² Cf. Ernest Nagel, *La estructura de la ciencia*, Paidós, 1974, cap. XV; Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, 1975; ibíd., *Miseria del historicismo*, Taurus-Alianza, Madrid, 1973; Ludwig von Mises, *Teoría e historia*, Unión Editorial, Madrid, 1975; Enrico de Michelis, *El problema de las ciencias históricas*; Ed. Nova, Buenos Aires, 1948, cap. III.

los niveles más bajos) a la que *aspiraban* a representar (ya que entonces se carecía de un mecanismo electivo idóneo) y -lo que es acaso tanto o más decisivo- del sentido y el valor (especialmente el ético) de su actividad.

Esta desestimación de la realidad estaba en gran medida justificada, aparte de las debilidades de su sistematización teórica básica:

a) porque el llamado "movimiento obrero" carecía o apenas comenzaba a tener organización, por lo demás muy endeble; había, por lo tanto, que alcanzar cierta acción concertada en una amplia capa de las masas para probar su capacidad de lucha, estimar su lugar en el contexto de fuerzas sociales y ver hasta qué punto era posible alcanzar los fines;

b) porque la masa "proletaria" parecía crecer indefinidamente -y mucho más que el resto de los trabajadores- y hacerse cada vez más homogénea, lo que vigorizaba la creencia de que llegaría a ocupar prácticamente todo el espacio social;

c) porque no había una teoría alternativa que disputara a la existente el carácter explicativo, omnicomprensivo (en cuanto la explicación se hallaba inmersa en un evolucionismo historicista) y mesiánico. Precisamente esta fusión de elementos científicos, metafísicos, religioso-seculares y de carácter global, con una fuerte carga de intencionalidad ética y voluntarista (a veces negada explícitamente, como en el marxismo, pero viva implícitamente en el contenido de la acción social de sus sostenedores) que incluía además una interpretación de las condiciones creadas por la emergencia de la Revolución Industrial y el surgimiento del trabajador fabril, ejerció un inmenso atractivo sobre la intelectualidad, la dirigencia sindical en formación y la vasta población bienintencionada de los sectores medios y altos de la estratificación social.

Los líderes de los incipientes sindicatos -o los que se impusieron a sí mismos la tarea de serlo, frente sobre todo a la indiferencia de los trabajadores, y a su natural y previsible inorganicidad- persistieron en el mesianismo revolucionarista, en parte justificados por los desajustes que provocaba el desarrollo capitalista, al quebrar definitiva y arrolladoramente el marco de la sociedad aristocrática (aquella constituida por nobles y sacerdotes, coronados por la monarquía), y en parte potenciados por el proceso de democratización fundamental,³ que disolvía las trabas a la participación política, y que abría posibilidades no sólo en esa área, sino también en todo el horizonte de la vida social.

Además, su ideario, o el conjunto -extremadamente matizado- de ideas que orientaban su comportamiento, no se refería exclusiva, y ni siquiera preponderantemente, a la función de los sindicatos. Incluía más bien una toma de conciencia del capitalismo y de su irrupción en la sociedad moderna, al mismo tiempo que la promoción de una nueva sociedad, cuya base de sustento sería esencialmente participativa y consensual (al punto

³ El concepto es de Karl Mannheim. *Ensayos de sociología de la cultura*, Aguilar, Madrid, 1957, tercera parte, p. 241 y ss.

de imaginar que las opiniones de los protagonistas -como estarían guiadas por la razón de individuos que tendrían exactamente los mismos intereses e idénticas intenciones- alcanzarían el pináculo de la unanimidad, la que, a su vez, se identificaría con la Verdad).⁴

4. La realidad de la integración institucional

Pero la formación de gremios como meta inmediata se impuso a los altos vuelos de la fantasía: los problemas de trabajo (las relaciones empresas-trabajadores) excedían holgadamente el encuadre de los usos y costumbres que habían reglado hasta allí las interrelaciones laborales. Se vivía en una situación anómica de la cual no eran conscientes, al comienzo, ninguno de los protagonistas: empresarios, trabajadores, políticos ni intelectuales. Las organizaciones rudimentarias de los trabajadores presionaron, engarzadas en una compleja trama de conflictos sociales (como lo ejemplifican las revoluciones de 1830 y 1848, y la Comuna de París en 1870,⁵ todas en

⁴ Esta fusión concebida implícitamente como *necesaria*, conduce a la creencia de que -supuesta la eliminación de las irracionalidades de la “sociedad de clases”- las decisiones de una sociedad “de los trabajadores” serán tomadas por unanimidad. El que piensa diferente es un enemigo, un hereje o un enfermo mental. Las experiencias de la Revolución Francesa y de los países socialistas develan las consecuencias empíricas de aplicar esta idea. La democracia no es asumida como un ámbito para el disenso pacífico, sino para forzar la unanimidad, con su secuela conocida (matanzas, purgas, archipiélagos Gulags, campos de trabajadores esclavos y hospitales psiquiátricos). J. L. Talmon ha tratado este problema teóricamente vital para las ciencias humanas en *Los orígenes de la democracia totalitaria*, Aguilar, México, 1956, y en *Mesianismo político*, Aguilar, México, 1960.

⁵ Estos fenómenos surgieron en el contexto de la modernización. La Revolución Industrial es la culminación del proceso modernizador, y, por lo tanto, una componente tardía -aunque explosiva- de su desarrollo. No se confunde con él. No fue su emergencia, entonces, lo que provocó las convulsiones de 1830, 1848 y 1870, puesto que apenas había penetrado en Francia, sino la difusión de las ideas liberales (otra componente decisiva de aquel proceso) en el momento en que la sociedad aristocrática se disgregaba bajo los efectos erosivos de la economía de mercado. Escribí en *Intelectuales y sindicatos* (Ed. de Belgrano, 1982, p. 162): “Todavía se suele considerar la revolución. de 1848 como un fenómeno 'proletario', según el sello, aparentemente indeleble, que le puso Marx. Sin embargo, Francia, donde tuvo origen el espectacular proceso, era en esa época un país de artesanos y campesinos, como lo seguiría siendo hasta mucho después, aunque con una intelectualidad extraordinariamente desarrollada. Por lo tanto, las convulsiones de su proceso político no pueden atribuirse a la Revolución Industrial, si bien desde 1830 -cuando se había dado una eclosión similar- estaba creciendo económicamente con rapidez.

Esta interpretación es coherente con los hechos que siguieron a la revolución: ésta se convirtió en europea, y llegó hasta Polonia, atravesando diversas nacionalidades y muy diferentes sistemas sociales, en los cuales no había ni siquiera los atisbos del sistema fabril que crea el obrero 'moderno'. Es, en cambio, la modernidad con su dinámica movilización y su revulsiva secularidad lo que conmueve a gran parte de Europa, pero no la nueva tecnología social y mecánica que está modificando radicalmente el horizonte inglés, y que todavía no existe en el continente. No sorprende entonces, que -si esta interpretación es cierta- sea precisamente Inglaterra el único país de la zona que no sufre ese año los efectos más explosivos de la modernidad apoyada por la estructura, flexible y permeable, del sistema político”.

Francia, pero que tuvieron repercusión en gran parte de Europa), no sólo sobre el sector empresarial, sino sobre el estado y la organización política.

Llamaron insistentemente la atención sobre sus problemas y extendieron la inquietud sobre las cuestiones sociales más generales, como se comprende enseguida si se recuerda que su acción se apoyaba en una perspectiva holística de la sociedad, de la cual eran apenas una derivación. Precisamente, los gremios fueron concebidos como un simple escalón en el organismo, mucho más vasto, de la “clase obrera”, que llevaría a la aniquilación del capitalismo y a la fundación de una sociedad radicalmente nueva.

Las organizaciones gremiales eran el paso previo -y la escuela- para la toma de “conciencia de clase”, que llevaría al consenso generalizado de los trabajadores en el momento apocalíptico de “la” revolución. Algunos fueron más lejos: cuando hacia 1900 los sindicatos poseían ya un considerable grado de institucionalidad en algunos grandes países (aquellos donde el capitalismo y el sistema liberal se habían consolidado, como es el caso de Gran Bretaña), una corriente de intelectuales y líderes gremiales pensaron que la red de organizaciones sindicales se constituiría en el plexo perdurable -y fundacional- de la sociedad futura. No sólo eliminaría el capitalismo mediante el instrumento devastador de la huelga general, sino que sería la estructura fundamental para que los trabajadores dirigieran por sí mismos la totalidad de la vida social.⁶

Si estas ideas potenciaban las motivaciones de los líderes -y de las propias masas- y justificaban éticamente a todos (especialmente a los intelectuales, en la medida en que eran los evaluadores de sí mismos) en nombre de las “leyes de la historia”, las consecuencias fueron diferentes y -en medida difícil de estimar- a veces contrarias a las esperadas, como frecuentemente ocurre en la acción social: en tanto crecía el capitalismo, difundía las relaciones modernas (de extrema complejidad), promovía el proceso participativo de todos los estratos sociales (cifrado en la democratización y el constitucionalismo) y se creaban normas para regular las relaciones laborales, lo que suponía arrancarlas de su matriz tradicional (reemplazar los usos y costumbres por reglamentaciones deliberadas y perfectibles). Esto implicó la convalidación institucional del sindicalismo y su conversión en una entidad reconocida, en permanente intercambio con otras entidades ya existentes o en proceso de formación, como los partidos políticos. El sindicalismo se integraba -no sin graves tensiones e incertidumbres- a la sociedad capitalista.

⁶ Un ejemplo: “El ideal proclamado [por la CGT francesa] es la supresión del asalariado y del patronato. Ésta no puede ser total sin que la eliminación de las fuerzas de explotación manifestadas por el capitalismo sea también total. [...] Y es bien evidente que la realización de esta transformación social no puede ser obra más que de los grupos que, en la sociedad actual, representan el embrión de una nueva sociedad: los sindicatos”. (E. Pataud y E. Pouget, *Cómo haremos la revolución*, Publicaciones de la Escuela Nueva, Barcelona, s/f [circa 1908], tomo II, p. 165.)

5. La burocratización sindical

Desató, al mismo tiempo, el tema de la jerarquización y la oligarquización del poder dentro y entre los gremios, así como la complejización de su base organizacional. Los status-roles se diversificaron y diferenciaron, no sólo en el interior de cada uno y en la trama sindical en su totalidad, sino respecto de las empresas, los partidos políticos, la Iglesia y especialmente el estado. Consecuentemente los sindicatos comenzaron a burocratizarse y a percibir -aunque muy oscuramente, entre la niebla de mesianismo ilusionado de los intelectuales- las complicaciones en las que estaban insertos. Si bien los modelos futurísticos que originalmente diseñaron los intelectuales redentoristas persistieron -y aun hallaron alguna justificación en el mismo crecimiento organizativo de los trabajadores, así como en avatares históricos espectaculares (primera guerra mundial, crisis económica del 29)-, los compromisos sociales que fueron adquiriendo los gremios insinuaron un cambio en la perspectiva de su dirigencia (y aun de sus adláteres intelectuales).

El tipo de dirigente requerido por sus nuevas funciones se fue modificando a medida que la realidad esperada por la utopía comenzaba a operar según criterios diferentes de los que actuaban en la selección de la primera etapa del desarrollo sindical, cuando el activismo emocionalmente cargado, la informalidad y la cooptación, así como la autodelegación, predominaban. Ahora la dirigencia sindical contaba con por lo menos algunas grandes organizaciones -pertenecientes a los sectores mejor pagados de la masa trabajadora-, que habían logrado algunas mejoras significativas a costa de los trabajadores sin organización, y a cuenta de la productividad generada en el cambio tecnológico y nueva división del trabajo, además del reconocimiento de su legitimidad institucional.

Estos hechos -sobre todo el último- implicaron una afirmación frente a la política, los partidos y los intelectuales, justamente aquellos que inducían su revolucionarismo en la red gremial, cada vez más incompatible con las nuevas condiciones en las que ésta debía actuar. El nuevo dirigente, en particular, aunque muy mezclado y aun todavía sobrepasado por el antiguo, debía responder a los nuevos estímulos emergentes del nuevo contexto. La burocratización creaba una necesidad de decisiones menos emocionales, menos ideologizadas y más técnicas.

En primer lugar, sus compromisos sociales (con los empresarios, el estado y, en general, la política) se habían incrementado. Pero lo mismo había ocurrido en otros ámbitos más específicos: respecto de los trabajadores, y de la propia organización sindical, sea particular o en su conjunto. La proximidad de la primera guerra mundial, y finalmente su estallido, revelaron con claridad el impacto de estos cambios en el liderazgo sindical. Sin embargo, lo prolongado del conflicto, y sobre todo la revolución rusa -de gran influencia, especialmente en las ásperas condiciones de la posguerra-,

reavivaron las inducciones revolucionaristas de la etapa fundacional del gremialismo moderno.

La crisis mundial de 1929 tuvo el mismo efecto: tendió a confirmar el presagio de la decadencia final del capitalismo y la exigencia -así como la proximidad- de un apocalipsis redentor. Pero el triunfo del fascismo y su popularidad, y el del nazismo -por la vía electoral-, acompañados de la experiencia comunista en Rusia (que había sido una invaluable fuente de enseñanza para los dos primeros, al establecer las bases prácticas del totalitarismo), sugirieron algunas dudas penosas sobre el revolucionarismo de la teoría general -exasperantemente matizado- que sustentaban el anarquismo, el socialismo, el comunismo, y la corriente del sindicalismo puro.

Por otra parte, la integración del sindicalismo al sistema institucional, si bien conservaba su reserva de utopismo, impulsaba hacia el reformismo: las reivindicaciones inmediatas y coyunturales, que eran las de satisfacer a las masas y dar predicamento a sus líderes, no lograban enlazarse con las metas suprageneracionales fijadas por el mesianismo racionalista de los intelectuales, aquel que sustentaba la mayoría de la dirigencia gremial.

6. Integración y revolucionarismo

En conjunto, entre 1914 y 1939, la dirigencia se vio solicitada por dos fuerzas contrapuestas: por un lado, la fuerza estructural que impulsaba hacia la institucionalización, la burocratización y sus consecuencias, entre ellas el reformismo y la democracia, y que se movía en el largo plazo; por otro lado, la fuerza que surgía del contexto histórico coyuntural (guerra mundial, revolución bolchevique, fascismo, nazismo y crisis económica mundial), que reimpulsaba hacia el revolucionarismo, y que se movía en el corto plazo y en sentido inverso, descalificando al mismo tiempo a la democracia por “formal” y “burguesa”.

La primera fuerza obligaba al liderazgo sindical a redefinir sus metas y su situación, de acuerdo con las comprobaciones que deparaba el afianzamiento del sistema democrático, el desarrollo del capitalismo, y, en resumen, la integración de los gremios a la trama institucional. La segunda obligaba a reavivar el fuego emocional de la primera época del sindicalismo y a quedarse o reinstalarse en sus objetivos mesiánicos.

Así, hacia la década del 30, el tipo de líderes de los sindicatos representó una mezcla -visible casi siempre en las ideas y el comportamiento, inclusive de cada uno de los dirigentes tomados aisladamente- de estas dos líneas de incitaciones. Sólo los dirigentes que obedecían la estrategia del partido comunista (formado en casi todos los países occidentales alrededor de 1920) se ubicaron fuera de esta caracterización global: siguieron estrictamente las variables indicaciones tácticas de su partido, fijadas según el único propósito que hizo posible su mantenimiento como estructura política: apoyar el objetivo permanente de fortalecer el prestigio de la URSS y difundir su influencia.

Aunque la proclividad del comunismo hacia el revolucionarismo fue evidente, debido a la necesidad de amenazar u hostigar a los gobiernos (mucho más que a las empresas en sí mismas) para arrancar concesiones destinadas a favorecer a la URSS, estos dirigentes abrazaron también la línea reformista y democrática, tanto o más entusiastamente que otros extraños a su ideología (como lo demostró el período de la guerra comprendido entre el 22 de junio de 1941 y mayo de 1945), con tal que ello fuera beneficioso para la política exterior soviética.

Dentro de los sindicatos, el comportamiento de los dirigentes gremiales comunistas no era reacio al burocratismo, sino que, por el contrario, necesitaba de él, aun en el supuesto de una pertinaz táctica revolucionarista. Además se correspondía con la necesidad de controlar la participación de los que se oponían a sus proyectos gremiales o políticos, independientemente de que fueran o no beneficiosos para los trabajadores. Esta modalidad autoritaria -típica del comportamiento comunista- se halló morigerada, en grado variable, según los países, por el contexto democrático prevaleciente (al que los comunistas debían hasta cierto punto amoldarse por razones tácticas, para destruirlo más rápidamente) o por la existencia de algún otro tipo de autoritarismo, que los contuvo o desplazó del poder sindical (como ocurrió en la Argentina con el peronismo).

De modo que la dirigencia gremial comunista -en varios períodos enemiga mortal de la dirigencia gremial socialdemócrata-, si bien debía alguna fidelidad, por una parte, a las tradiciones revolucionaristas de las organizaciones de los trabajadores -y al origen socialista de su propia concepción política-, por la otra tenía la opción alternativa de practicar el reformismo cuando lo considerara oportuno para sus fines últimos. En cualquier caso, sin embargo, su comportamiento político o específicamente sindical no dependía de esas orientaciones (reformista o revolucionarista) y ni siquiera de la situación de los países en los que actuaran, sino de la necesidad de complementar o coadyuvar a las exigencias coyunturales de la política exterior soviética. En este aspecto crucial no hubo diferencias entre los dirigentes sindicales comunistas y los políticos del partido: aquéllos obedecieron estrictamente la estrategia diseñada por éstos. Sólo el ejemplo -todavía dudoso- del comunismo italiano parece ser una excepción a esta pauta. El efecto de esta dependencia -en general, y no sólo respecto del ejemplo comunista- varió según los países y las coyunturas históricas de cada uno así como con la situación política mundial. En la segunda posguerra, allí donde los ejércitos norteamericanos e ingleses ocuparon los países vencidos -y lograron conservar su territorio frente a las presiones del ejército soviético (apoyado por los partidos comunistas respectivos)- se instauró el marco democrático (y su consecuencia, el sistema de partidos), los sindicatos se rehicieron (donde prácticamente habían desaparecido) o se consolidaron organizacional o institucionalmente.

En Inglaterra, donde el laborismo triunfó y llevó al gobierno los planes socialistas desde una perspectiva reformista y distribucionista, el sindicalismo avanzó en su participación en las responsabilidades de gobierno. En Francia e Italia -donde existían los dos únicos grandes partidos comunistas del mundo (exceptuada toda la porción socialista donde era partido único)- los sindicatos se dividieron, si bien los de orientación

comunista predominaron sobre los otros. Y aunque dependieron en general de los partidos, debieron integrarse definitivamente al marco institucional democrático.

En Estados Unidos -donde ni el revolucionarismo ni el reformismo (entendido como vertiente de contenido socialista) lograron difundirse- la integración había tenido lugar en la preguerra de la segunda conflagración. Allí, a diferencia de lo que ocurría en Europa y otras partes del área de influencia democrática (aunque en algunas de ellas tuviera vigencia un gobierno autoritario), donde los partidos se sobreponían o dominaban a los sindicatos, éstos, en cambio, se independizaron de todo ideologismo y también de todo partido. Si el sindicalismo norteamericano se decidió casi siempre por el partido demócrata en las elecciones, no indicó, y ni siquiera insinuó, una relación de dependencia.

El sindicalismo norteamericano es acaso el único que mantuvo esta autonomía en el plano ideacional (sobre todo en su concepción política) y en el plano práctico (sindical y político). Su compromiso ha tenido una sola dirección: una militancia antitotalitaria que lo ha llevado a denunciar constantemente la dictadura de los países socialistas (sea la URSS, Cuba u otros) y la carencia, o el atropello a la participación, de sindicatos libres en la estructura institucional. Frente a esta asepsia o pragmatismo -que lleva a su mínima expresión las inducciones revolucionaristas o socialistas latentes desde la etapa fundacional- el sindicalismo norteamericano muestra (no por casualidad, en el país más capitalista y democrático del mundo) los caracteres de tecnocracia, desarrollo administrativo e integración institucional que, en grado menor, aparecen en todas aquellas sociedades democráticas donde el gremialismo ha logrado un alto nivel organizacional y, por lo tanto, ciertas gratificaciones valiosas para los trabajadores y las propias estructuras, así como para su liderazgo.

7. Tres hipótesis

En síntesis, allí donde el desarrollo capitalista y el proceso de democratización no fueron interrumpidos, los sindicatos alcanzaron la institucionalidad, se elaboró una red de normas para regular las relaciones entre las empresas y los trabajadores, y la influencia política de su liderazgo, si perdió la violencia ilusionada y utopista de la época heroica, ganó consenso y gravitación social. Al mismo tiempo, el tipo humano de los dirigentes, así como sus metas y valores, que daban direccionalidad a su comportamiento, se modificaron sensiblemente. Lo característico, desde la perspectiva de la sociología política, es que en estos casos *los partidos se formaron antes* que las organizaciones sindicales, de manera que cuando éstas surgieron debieron asimilarse al sistema de partidos. No pudieron imponer la impronta del corporativismo, ni quebrar el proceso de democratización.

En cambio, donde el ritmo de la democratización y la integración gremial fue interrumpido violentamente (revoluciones socialistas especialmente, pero también las fascista y nazi), el sindicalismo desapareció del horizonte institucional, junto con el

capitalismo y la democracia. Quedó meramente un nombre para designar una máquina de poder destinada a una función exactamente opuesta a la que imaginaron sus fundadores: vigilar y reprimir a los trabajadores, al convertirse en un instrumento de la burocracia estatal. La primera revolución socialista ofrece un ejemplo práctico luminoso acerca de lo que les espera a los sindicatos y a los trabajadores:

“ 'La militarización [decía Trotsky en el noveno congreso -enero de 1920- del PC de la URSS] es impensable sin militarizar a los sindicatos como tales, sin el establecimiento de un régimen en que cada obrero se sienta soldado del trabajo, que no pueda disponer de sí mismo libremente; si se da una orden de trasladarse debe cumplirla, si no la cumple será un desertor a quien se castiga. Quién cuida de ello? El sindicato; él crea el nuevo régimen. Esto es la militarización de la clase obrera.' Y Radek [fusilado luego por Stalin] concluyó un discurso dedicado principalmente a los asuntos del *Comintern* con una 'apelación al trabajo organizado para superar el prejuicio burgués de la «libertad de trabajo», tan caro a los corazones mencheviques [...]’ ”.⁷

Según Lenin, la *sumisión absoluta* es connatural a la gran industria:

“[...] es incondicionalmente necesaria, para el éxito del proceso de trabajo organizado según el patrón del mecanismo de la industria a gran escala, una *sumisión absoluta*”.⁸

En el mismo noveno congreso se resolvió la creación de campos de concentración -13 años antes de que lo hiciera el nazismo- para los trabajadores:

“[...] el congreso considera que uno de los problemas urgentes del gobierno soviético y de las organizaciones sindicales [sic] es la lucha sistemática, consecuente y enérgica contra la deserción obrera, especialmente mediante la publicación de listas de desertores, que podrán ser castigados, incorporando a los desertores a grupos de tareas y, finalmente, encerrándolos en campos de concentración”.⁹

Como se puede advertir, concepciones, actitudes y comportamientos -de los que podría citarse multitud de ejemplos más, típicos de los países socialistas- absolutamente impensables, en su sistematicidad y legalización institucional, dentro de cualquier país capitalista, ni siquiera de aquellos de sistema político autoritario.

⁷ E. H. Carr, *La revolución bolchevique* (1919-1923), Alianza Editorial, Madrid, 1974, tomo II, p. 225.

⁸ *Ibíd.*, tomo II, pp. 200-201. Cursivas en el original.

⁹ W. H. Chamberlin, *La revolución rusa*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967, tomo III, Apéndice documental, pp. 340-341.

Hubo una tercera situación histórica, que tipológicamente es posible considerar intermedia: la de aquellos países de escaso desarrollo capitalista, cuya dinámica, por un lado, fue drásticamente limitada por nacionalizaciones y controles draconianos sobre el mercado económico, y que, por el otro, no alcanzaron a crear un sistema de partidos *antes* de que el proceso de democratización (que dio origen a los sindicatos) se fortaleciera. Tanto el desarrollo capitalista como la creación del sistema de partidos fueron trabados. Como resultado, las inducciones democratizantes de la economía de mercado se debilitaron y los partidos políticos organizados -y no meras corrientes electorales- no llegaron a formarse, desaparecieron de la lucha por el poder o llevaron una existencia larvada e inestable. Los intereses sectoriales y los grupos de presión crearon las condiciones para el desarrollo de un corporativismo de hecho, en las que el marco del conflicto político institucionalizado no podía existir.

En este caso el capitalismo era débil y se hallaba gravemente lesionado, tanto por el estado (en general, dirigido por nacionalistas o populistas), como por la excepcional fortaleza de los sindicatos, como muestran los ejemplos de Bolivia y la Argentina. Por otra parte, el ejercicio de la democracia no logró estabilizarse en un sistema de partidos, a fin de que las solicitudes de sectores y grupos se articularan en una visión global y arquitectónica. En consecuencia el ejército, como corporación más organizada y entrenada para ejercer la violencia, intervino autoritariamente como árbitro en los incesantes e insolubles conflictos entre sectores, grupos e instituciones. De ahí la repetida secuencia de golpes militares y débiles intentonas democráticas. Curiosamente, esta gimnasia no derivó en un debilitamiento de la dinámica corporativa, sino en su consolidación, en tanto su desarrollo mostraba la eficacia -aunque en momentos diferentes- de cada uno de los protagonistas, para vencer o al menos paralizar al rival. Ejército, sindicatos, empresarios e Iglesia, con sus interminables forcejeos, continuaron marginando al sistema de partidos como instrumento básico para formular políticas optativas, y como mecanismo institucionalizado para canalizar el conflicto por el poder. La democracia fue apenas un inestable interregno entre dictaduras militares, las cuales fueron casi siempre de inspiración y proyección populistas.

En estas condiciones, si los sindicatos fueron fuertes, al punto de intervenir activa y muchas veces decisivamente en la lucha política, no lograron alcanzar el poder, ni impulsaron al rescate de la democracia, calificada peyorativamente, al contrario, de “burguesa” y “formal”, según la tradicional desvalorización de los diversos marxismos. En esta tercera situación, la dirigencia gremial conservó más vivo, en general, el espíritu revolucionarista de la época fundacional, dominado por el activismo movilizacionista característico de la puja corporativa.

Estas tres hipótesis sistematizan la experiencia histórica de tres situaciones típicas: definen relaciones sociológicas precisas -aunque inevitablemente simplificadas- entre el desarrollo capitalista, la democracia y la integración del sindicalismo al sistema social. Muestran también que, desde su insinuada presencia en la matriz de la Revolución Industrial, la aventura social que teje el sindicalismo revela, a más de un siglo de su

irrupción, limitaciones y ambigüedades cruciales -inconcebibles en el ánimo devoto de sus fundadores- para la ardua tentativa de mejorar la sociedad humana.